

La ciudad blanca de noche: las discotecas como espacios de segregación*

EUGENIA ITURRIAGA ACEVEDO**

Abstract

THE WHITE CITY BY NIGHT: NIGHTCLUBS AS SPACES OF SEGREGATION. *This work intends to show, by examining the fashionable night clubs among the youngsters of the Meridian elite, how racist speeches appear to be interweaved with class-conscious people in a space where discrimination is not only prohibited, but that in the sole act belongs to a group. Although nightclubs are only one of many places where racism in Mexico is declared, it is considered that this study is relevant because those who attend them do not disguise their racist and discriminatory speech.*

Key words: racism, elites, youngsters, discrimination, Yucatan

Resumen

Este trabajo pretende mostrar, examinando las discotecas de moda entre los jóvenes de la élite meridana, cómo los discursos racistas aparecen entretejidos con los clasistas, en un espacio donde no únicamente está permitido discriminar sino que en el acto mismo radica la pertenencia a un grupo. Aunque las discotecas son sólo uno de los muchos lugares donde se manifiesta el racismo en México, se considera que este estudio es relevante porque quienes asisten a ellas no disfrazan su discurso racista y discriminatorio.

Palabras clave: racismo, élites, jóvenes, discriminación, Yucatán

Introducción

A muchos jóvenes de clase media y alta les gusta “ir de antros”, como les dicen hoy en día a las discotecas,¹ las cuales no sólo han sido espacios de discriminación y segregación evidente, sino que además en ellas se ha permitido y aceptado con agrado ese tipo de prácticas. En este trabajo, examinando algunas dimensiones del racismo, me propongo dar cuenta de las distintas caras que este fenómeno tiene entre los jóvenes de la élite meridana. Pierre André Taguieff (2001) y Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein (1988) plantean que el racismo tiene al menos tres dimensiones: una ideológica, existente en los discursos y medios de difusión de las élites simbólicas;² otra de *doxa*, presente en los estereotipos y prejuicios, y una tercera que se manifiesta en las conductas o prácticas (discriminatorias, de segregación o de violencia física). Al analizar las discotecas frecuentadas por los jóvenes de la élite y siguiendo estas dimensiones, creo que puedo develar algunos mecanismos por medio de los cuales opera el racismo en Mérida, la llamada “ciudad blanca”.

* Artículo recibido el 17/06/14 y aceptado el 05/01/15.

** Facultad de Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma de Yucatán. Km. 1 carretera Mérida-Tizimín, tramo Cholul, 97305, Mérida, Yucatán <e.iturriaga@uady.mx>.

¹ En naciones como México y Chile los jóvenes utilizan la palabra *antro* para referirse a bares y discotecas sin ninguna carga peyorativa. En otros países, un antro es un establecimiento con mala reputación.

² Van Dijk (2003) señala que las élites simbólicas tienen la palabra en la sociedad; son las que cuentan con los accesos preferenciales a las mentes del público en general.

En este artículo también quiero manifestar cómo los discursos racistas aparecen entrelazados con los clasistas, en un espacio donde no sólo está permitido discriminar sino que en el acto mismo radica la pertenencia a un grupo. En México, las clases sociales se han construido históricamente relegando a posiciones inferiores a la población indígena y a las personas de tez oscura, por lo que, de acuerdo con Margulis (1998a), podemos decir que las relaciones de clase han permanecido racializadas. La pobreza no sólo ha significado exclusión de bienes económicos sino también de bienes simbólicos valorados, como los rasgos corporales, por ejemplo el color de la piel.

Considero que con una etnografía de las discotecas³ se puede conocer cómo los jóvenes ponen en juego su capital económico, cultural y corporal⁴ para ingresar a las discotecas los fines de semana o aparecer fotografiados en las revistas del *jet set* yucateco. Así, el objetivo de la presente investigación es mostrar, analizando las dinámicas de tres discotecas meridanas, un rostro del racismo en la capital yucateca.

Este trabajo iniciará dando cuenta de los mecanismos de segregación de las discotecas y las estrategias que utilizan los jóvenes para acceder a estos espacios; después, documentará los estereotipos y prejuicios que tienen los asistentes a estos centros nocturnos; posteriormente examinará los discursos de las imágenes difundidas en las revistas de sociales que ayudan a expandir, legitimar y consolidar las representaciones y las prácticas de los jóvenes de la élite meridana, y, por último, reflexionará sobre la imbricación del racismo y el clasismo en las dimensiones revisadas.

Noches de discoteca

Las discotecas son lugares donde la discriminación y la segregación se convierten en algo cotidiano, rutinario y aprobado. Sin embargo, el punto en el que quiero enfocarme es cómo esta discriminación no se da únicamente por cuestiones económicas, es decir, no

es sólo un asunto de pertenencia a una clase social, sino que tiene que ver también con rasgos físicos, con el fenotipo de los jóvenes y con prácticas culturales tales como sus formas de recreación, de socialización y de vestimenta.

En 2009 existían en Mérida muchos centros nocturnos donde los jóvenes podían asistir a divertirse. No obstante, cuando realicé el trabajo de campo,⁵ los jóvenes de clase media alta y alta solían reducir sus opciones a tres discotecas: Vodka, Limbo y Sfeera,⁶ todas en el norte de la ciudad, donde viven los sectores medios y altos de la sociedad meridana (Fuentes Gómez, 2003; Iturriaga Acevedo, 2013). Para hacer esta investigación decidí acudir (acompañada de dos jóvenes antropólogas)⁷ varios fines de semana a las tres discotecas y observar las estrategias que ponían en marcha tanto los chicos para ingresar a los antros, como los dueños de éstos para regular la entrada. También llevé a cabo 25 entrevistas semidirigidas en cafeterías que frecuentaban los jóvenes asiduos a estas discotecas.

Por medio de las entrevistas y las observaciones pude notar que la segregación no se daba de manera exclusiva en la entrada al centro nocturno, sino que en el interior de éste también había espacios diferenciados y que los días de la semana jugaban un papel muy importante. Las tres discotecas abrían sus puertas a las diez de la noche todos los jueves, viernes y sábados del año, de septiembre a junio en la ciudad de Mérida y durante “la temporada” (julio y agosto) en las playas de Chicxulub, lugar donde se ubican las residencias veraniegas de muchos meridianos de clase media alta y alta. Los jueves en los tres lugares se ofrecía consumo de barra libre. Los hombres pagaban como máximo 200 pesos,⁸ y podían consumir durante esa noche todo el alcohol que desearan. Las mujeres siempre pagaban menos. Esto ponía en evidencia que el acceso a tales espacios no sólo era cuestión de dinero, sino además de género y, como veremos más adelante, de pertenencia a un grupo y de apariencia física.⁹

³ Entiendo, al igual que Guber (2014), que en la práctica etnográfica el investigador no tiene que reconocer únicamente su propia reflexividad sino además la de sus interlocutores, y que este proceso forma parte de la investigación social.

⁴ Bourdieu (2001) sostiene que el capital no se limita al económico, también existen otros tipos de capitales como el social y el cultural. Por capital social entiende los recursos intangibles relacionados con la pertenencia a un grupo y redes de influencia, mientras que por capital cultural, la educación y los conocimientos que tiene una persona y que puede utilizar para lograr un mejor estatus dentro de una sociedad.

⁵ El trabajo de campo formó parte de mi tesis doctoral “Las élites de la ciudad blanca: racismo, prácticas y discriminación étnica en Mérida, Yucatán”, presentada en la Universidad Nacional Autónoma de México en marzo de 2011. Algunas de las entrevistas fueron publicadas en Iturriaga Acevedo (2011).

⁶ Los nombres de los establecimientos, así como los de los entrevistados, fueron cambiados.

⁷ May Wejebe y Jimena Rodríguez.

⁸ El salario mínimo era de 50 pesos, por lo que 200 pesos sólo era accesible para sectores medios y altos.

⁹ Otros investigadores han llegado a resultados similares (Chávez, 2005; Capriti, 2011; Silba, 2011).

Los viernes cambiaba la dinámica. En Limbo y Sfeera la entrada se restringía, eran noches VIP (*very important people*), lo cual significaba que sólo cierto grupo de jóvenes tenía permitida la entrada. Los viernes en Vodka eran noches de “nacos”,¹⁰ como mencionaron casi todos los entrevistados. Ese día tocaba un grupo cubano de música latina, y los asistentes, además de su consumo, debían pagar el *cover*.

El sábado los papeles se invertían, el lugar selecto era Vodka; la entrada se volvía aún más selectiva porque era el único sitio de moda al que los jóvenes de la élite podían ir. Los *cadeneros*, como se les llamaba a los empleados que trabajaban en la puerta, decidían quién pasaba y quién no. En los sábados de Vodka, la principal estrategia para negar el acceso a quien no consideraban “adecuado” era solicitar cortésmente la membresía o tarjeta VIP que extendían estos establecimientos. Dichas tarjetas las poseían por lo general los familiares y amigos de los dueños, o los jóvenes integrantes, como dicen en Mérida, “de familias conocidas”. Pero, como me comentó Alfonso (24 años), esas tarjetas no eran indispensables para entrar: “yo no tengo membresía, no la necesito, a mí y a mis amigos ya nos conocen, ya saben que vamos todos los sábados”. Ser “conocido” en Mérida significa formar parte de una cerrada red de relaciones sociales. O, como me dijo Santiago (21 años):

la VIP lo único que te da son cortesías para ti y tus amigos, en general una VIP es una tontería, no sirve de nada. ¿Qué es lo único que no pagas? El *cover*, que es de 50 pesos, o sea, nada. Todo lo demás lo tienes que pagar, o sea, aunque no tengas VIP tienes promociones que te las dan los RP [operadores de Relaciones Públicas], la tarjeta da igual. Yo reservo con mi RP y tengo mi mesa donde yo quiera.

Los RP eran comúnmente varones de entre 19 y 24 años, sociables y populares entre los suyos, que tenían como labor invitar a sus amigos y conocidos para asegurar que el antro se abarrotara, pero no trabajaban todos los días: había RP para los jueves de barra libre y los días VIP, y otros para los días de “entrada general”. Rodrigo (20 años) me explicaba:

Lo que hace que funcionen los antros es que tienen RP muy conocidos, muy chingones. Los RP son de acuerdo a la clase social, los RP del viernes [en el caso de Limbo] son de una clase social más alta, son RP que se mueven den-

tro de ese tipo de gente, que estudian en la Mayab o en la Marista,¹¹ que tienen muchos amigos [...] Hay RP del sábado [también hablando de Limbo] que son muy importantes, son muy chingones, meten a muchísima gente, pero son de una clase social diferente. En Limbo cuando un viernes está muy vacío le llaman al RP de los sábados y le dicen “tráete a tu gente, trae gente de relleno”.

Los RP tenían los números del celular de toda “su gente”. A sus mejores clientes les llamaban por teléfono, a los demás les enviaban mensajes a su celular y al *inbox* de sus *facebooks*, avisándoles que el antro los esperaba. “Los RP –me expresó Nicole (19 años)– tienen dos celulares: los que te ponen en el *facebook* y los VIP. Si no le hablas al número VIP pues tienes que hablar cada dos minutos para que te den una *periquera*,¹² si hablas al número VIP, dices tu nombre y ya está”. Gabriel (19 años), también hablando de los RP, me señaló en tono de broma: “si no te conocen y hablas diciendo que quieres una mesa, con la misma te contestan: ‘aquí no es carpintería, no hacemos mesas’. Según quién eres es la mesa que te dan”.

Como indiqué antes, los *cadeneros* son otra figura fundamental para el acceso a las discotecas. Ellos, a diferencia de los RP, trabajaban todos los días y sabían distinguir entre la gente de los viernes y la de los sábados. Los criterios que usaban variaban muy poco de lugar a lugar. Un ex RP de Vodka me contó que les enseñaban fotografías de la gente importante que por ningún motivo podía quedar fuera. “Haz de cuenta, a los *cadeneros* les muestran fotos y les dicen ‘éste, éste, éste’, ‘este niño es tal y viene con éste, con éste, con éste’. Para que sepan más o menos y tengan una idea de quiénes van el sábado”. De este modo, los empleados no deben fallar al permitir o negar el acceso a alguien.

Santiago (21 años) me comentó que había veces que se equivocaban y dejaban entrar a “otro tipo de gente” pero que no pasaba nada, que no era grave:

Adentro a la gente [refiriéndose a la gente como él] no le importa tanto si un naco logra entrar, mientras no se metan con ellos y estén alejaditos, o estén en cierta zona y no se metan con ellos, ni nada. No hay ningún problema. O sea, la gente sí dirá “mira, ‘naquitos” pero ya, una vez y ya estuvo, o sea. Pero es entre nosotros: “¿ves esos nacos que están allá?”, o sea, “esos indios que están allá, en esa mesa, cómo pasaron”, una vez lo dicen, dos veces y ya estuvo.

¹⁰ En México, *naco* es una forma despectiva para referirse a una persona a la que se considera inferior.

¹¹ Estas universidades son católicas y privadas; la mayoría de sus estudiantes pertenece a la clase media alta o alta.

¹² Mesa muy alta sin sillas.

Los cadeneros también podían cometer el error inverso y no dejar pasar a uno de los “elegidos”. El mismo Santiago me contó:

Ahora en la playa el cadenero era nuevo, llegué a Vodka muy tarde y no me querían dejar pasar. Me dijeron: “¿y tu membresía?” y yo le dije: “¿cómo que mi membresía? No tengo membresía”. Bueno, yo sí me encabrono porque es mi día, están mis amigos adentro y todo. Le dije: “¡oye, cabrón, qué me crees! ¡Déjame pasar!” Pero me dijo otra vez: “es que tu membresía” y yo le grité: “oye ¿qué me ves cara de indio?” “No, jefe, pues...” “¡Quítate, déjame pasar!” y me empecé a pelear con él, salió un RP y claro que entré.

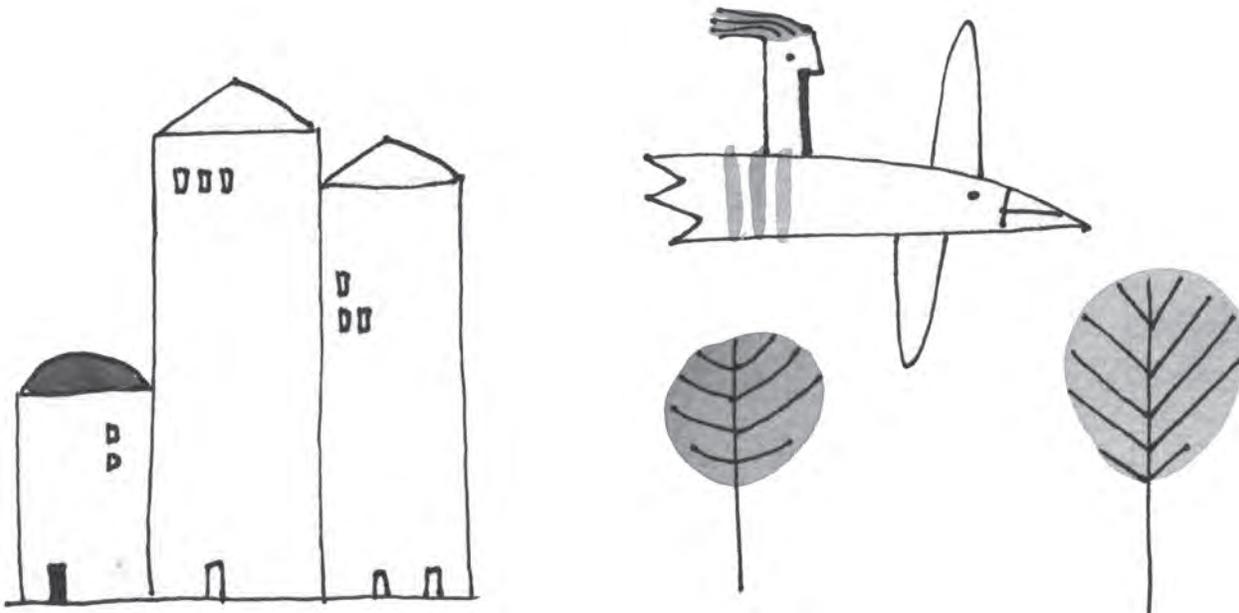
Para minimizar las posibles equivocaciones, según algunos entrevistados, los cadeneros se valen de la credencial de elector para tomar la decisión final. En ella, además de la edad, aparece la dirección y el nombre completo del interesado. Con la credencial de elector en mano, los cadeneros pueden inferir, dependiendo de la colonia en la que vive el joven y sus apellidos, si debe o no entrar. Como ya señalé, en las colonias del norte habita la mayoría de la clase media alta y alta. En Yucatán, a diferencia de otras regiones indígenas del país, los mayas conservaron sus apellidos, por ello en Mérida los patronímicos han jugado un papel relevante en las relaciones sociales, pues éstos hacen posible develar el origen de una persona. Apellidos del tipo Pech, Cahuich, Uc, Caamal, pueden ubicar al sujeto en cuanto descendiente de

un grupo marginado: los mayas,¹³ mientras que aquellos como Peón, Ponce, Molina, Escalante, Bolio, Casares, Ancona, lo colocan en cuanto parte del grupo privilegiado, como descendiente de hacendados henequeneros. Entonces, de acuerdo con Francisco (19 años): “si vives en Vergel III no te van a dejar pasar”, o con Valentina (21 años): “si te ven mal vestido o medio no sé, así como feíto, pues seguro que te dicen: ‘¿me prestas tu ID?’ Para ver de dónde saliste”.

Como ya establecí, la segregación en estos lugares no se limitaba a la entrada ni a los días sino que se extendía a su interior. Dentro de las tres discotecas había un área llamada VIP –físicamente elevada por uno o varios escalones y, en todos los casos, con barandales–. Nicole (19 años) me aclaró la jerarquía al interior de Vodka:

Lo más bajo donde puedes estar es la barra, si estás en la barra debes caminar de mesa en mesa a ver a quién te encuentras. De ahí puedes pedir una periquera, que son mesas altas que no tienen sillas, están donde está la barra en lo oscuro; de ahí puedes pedir una mesa normal que son las que están en el centro pero que no son lounge, luego las lounge que están en el centro, y de ahí las VIP, también lounge, donde yo siempre me siento.

Para solicitar una mesa (desde una periquera hasta una mesa en el área VIP) era necesario consumir por lo menos una botella (la más barata era de vodka y costaba 700 pesos), a lo que se tenía que agregar la



¹³ Quintal Avilés (2005) documenta más de 100 apellidos mayas utilizados en Yucatán, y López Santillán (2011) da cuenta de las trayectorias de movilidad de profesionistas mayas, así como de la violencia simbólica que éstos enfrentan por sus apellidos.

propina del mesero que como mínimo era de 400 pesos. Francisco (19 años) me contó que un sábado en la playa llegó con unos amigos a Vodka Beach y, a pesar de haber reservado, no les tenían asignada ninguna mesa: “le dijimos a un RP: ‘oye ¿te acuerdas que te hablé para reservarte una mesa?’, y él se hacía menso: ‘no, no me lo apuntaron, lo siento’, y entonces tuvimos que negociar 800 pesos de propina para que al final nos dieran la mesa más fea, detrás de la hielera y al lado de la puerta al baño”. A través de las entrevistas me di cuenta de que muchos preferían renunciar a la diversión de la noche antes que aceptar una mesa junto al baño: “una mesa al lado de las bocinas o junto al baño es un suicidio social”, señaló Nicole categóricamente.

Al llegar a la discoteca, a los jóvenes se les entregaba un boleto que el mesero les pedía al tomarles la orden y se los devolvía al recibir el pago de la cuenta y la propina correcta. Sin ese papel era imposible salir del lugar. Todos los entrevistados coincidieron en que si pagaban la cuenta pero no dejaban una buena propina, el mesero no les regresaba el boleto.

A pesar de que una propina podía representar más de 50% del consumo, nadie quería tener problemas con los meseros, los cadeneros ni con los RP. Nadie reclamaba, nadie quería evidenciar la falta de recursos económicos ya que eso pondría en riesgo su entrada los siguientes fines de semana. En una ocasión le platiqué a uno de los entrevistados que cuando fuimos a Sfeera, Jimena (una de las jóvenes antropólogas que me acompañaba) logró que el capitán de meseros nos diera una periquera sin necesidad de consumir una botella (claro, al lado de una de las bocinas). Durante la noche pedimos un tequila y dos cervezas cada una, cuando llegó la cuenta debíamos 345 pesos, y sabiendo que las propinas eran altas pagamos con un billete de 500 pesos y le dijimos al mesero que se quedara con el cambio. Sin embargo, una propina de 44% no le pareció suficiente y no nos regresó los boletitos. Como yo ya sabía que no nos iban a dejar salir, le señalé amablemente al mesero que se le había olvidado devolvernos “esos papelitos que dan a la entrada”. Él me miró con cara de resignación, sacó tres papelitos arrugados de su pantalón y se despidió con gentileza. Al terminar el relato le pregunté al entrevistado qué hubiera pasado si hubiéramos llegado a puerta sin los boletos. “Pues no las hubieran dejado salir. Con los meseros tienes que negociar tu *ticket*: ‘no, dame 300 pesos más’, te dicen. Pero la gente para ahorrarse el *pancho* dejan sus 500 pesos de propina y listo”. Todos adentro quieren ser “gente bien”.

La segregación en las discotecas no empieza en la entrada, inicia cuando se aceptan las reglas del juego:

adecuarse. Para poder jugar, muchos jóvenes tienen que borrar su origen, autosegregar una parte de ellos. Por tanto, Urresti señala que “la dominación de clase y el afán de la apropiación de símbolos de estatus devienen en una auto-mutilación [...] en una mutilación incorporada” (2005: 159). Al acudir a estos antros, muchos jóvenes tratan de borrar simbólicamente la distancia con el círculo de los “selectos” y “distinguidos” que están en lo más alto de la pirámide social. Las estrategias son varias. La ropa y la actitud corporal pueden servir cuando se tiene el físico “adecuado”, pero lo que casi nunca falla es la red de relaciones sociales. Como me explicó Alfonso (24 años) en pocas palabras: “si quieres ir a Vodka un sábado y no perteneces al grupo que siempre va, consíguelo por lo menos un amigo con VIP o uno muy conocido para que te meta”.

Los jóvenes “conocidos” en Mérida por lo general estudiaron en los mismos colegios, asistieron a las mismas fiestas, realizaron los mismos deportes (tenis, equitación, golf, fútbol), acudieron a las mismas iglesias, pertenecieron a los mismos grupos apostólicos con los que fueron de misioneros durante la Semana Santa. Así, a quienes no crecieron en ese medio ni en esos espacios y no tienen un físico despampanante sólo les queda hacerse de un amigo que sí pertenezca al grupo de “gente conocida”.

Estereotipos y prejuicios

La idea de los *otros*, de los nacos, de los indios, es algo que aparecía todo el tiempo en los relatos de los entrevistados. Los otros que intentaban entrar a espacios que no les correspondían, que lograban colarse los días que los jóvenes de la élite meridana se divertían, que querían parecerse a ellos y acudían cuando les era permitido el acceso a los “selectos espacios”. Valentina (21 años) nunca había ido a otras discotecas: “bueno, mis amigas y yo nunca hemos considerado la posibilidad de ir [a lugares diferentes], yo creo que allá como que la gente se te acerca mucho, gente que no conoces y es como que *iiu* [el *iiu* fue acompañado con un gesto y una expresión corporal de asco]”. La sola idea de estar cerca de otros, de desconocidos era algo que les producía incomodidad y miedo. Nicole (19 años) con gran convencimiento dijo que nunca iría a Vodka los viernes:

Por ejemplo, si tú vas un viernes puedes salir lastimada, nadie te puede defender. Si yo estoy con mis amigos un viernes y decido ir al baño y de repente un chavo me agarra y yo le digo ‘ay, pinche naco’ y me golpea... [seguro

ante mi inevitable cara de asombro, enfatizó] eso ha sucedido y puede suceder porque a cierta hora es peligroso cruzar Vodka.

Los hombres tenían otra opinión sobre los viernes de Vodka. Para ellos ese día significaba ir de ligue, de “cacería”. Fernando (20 años) refirió: “yo le hablo a algún RP de los viernes en Vodka cuando quiero ir a ‘conectar’, pero algo no bien [con algo no bien se refería a una joven de un círculo diferente del suyo], sólo para el rato, para agarrar algo. Cuando estaba Fussion era más fácil conectar porque las tipas de Jerónimus son así como medias *perroskis*”.¹⁴ Fussion era un concepto que manejaba Vodka los viernes antes de la contratación del grupo latino. Vodka y la disco Jerónimus compartían el mismo local y a través de unas escaleras los espacios se podían comunicar. Los viernes de Fussion permitían que esto sucediera, por lo que los clientes de ambos lugares compartían antro.

Javier (20 años) me reveló que los chavos tenían un código de honor y si los viernes se encontraban a alguien conocido en Vodka se saludaban, pero si después coincidían en otro espacio, ninguno de ellos mencionaría haberse visto: “Todos se cubren para que las novias no se enteren”, dijo riéndose. Para ellos, el otro era alguien al que deseaban y despreciaban al mismo tiempo. En su discurso parecía que “sus mujeres”, “sus novias”, “las niñas bien”, no fumaban, ni bebían, ni bailaban pegado, mientras que las otras eran ofrecidas y siempre deseosas de aventuras sexuales.

Las mujeres tenían otra percepción de esos días: el espacio se volvía peligroso y el otro, una amenaza. Valentina (21 años), después de muchas explicaciones de cómo fue que ella y sus amigas llegaron, en una única ocasión, un viernes a Vodka, me contó: “nos encontramos a Ricardo [un joven perteneciente a una “familia conocida” de Mérida] y él nos dijo: ‘niñas ¿por qué están acá? No es un ambiente como para ustedes, tengan cuidado’ y, dicho y hecho, se acercaron unos tipos horribles que nos dijeron, no sé, ‘¿les podemos invitar algo?’ Y nosotras así como que ‘no, gracias’”. Nicole (19 años) creía que, al igual que ella, los hombres no asistían los viernes a Vodka: “como mujer no vas a ir el viernes porque el ambiente no te gusta y como hombre, si no van las mujeres pues no vas a ir”. Yo le pregunté si los hombres no irían a ligar a otras mujeres, a lo cual contestó enfática: “No van a ligar a esas personas, eso simplemente no sucede”.

Sandra (18 años) detalló que la gente que asistía a Limbo los sábados no iba los viernes porque ya sa-

bía que no la iban a dejar entrar. Al parecer todos tenían claros sus días.

La gente ya lo sabe, o sea, si su grupo de amigos va los sábados, entonces van el sábado. Si van un viernes se van a sentir mal, es como si yo voy un sábado. Yo he ido alguna vez un sábado al Limbo y la gente es diferente. Las niñas se ponen sus taconzotes, como que son muy “así”, vestidos de licra pegaditos, que se les ve hasta la vena, todos pegados, y sus tacones y sus bolsas ¿ya sabes? Si tú vas vestida así un viernes te van a decir: “way, ¿ésta de dónde salió?” Y el sábado no, todas se visten así.

La apreciación de Sandra era difícil de observar a primera vista, tanto en viernes como en sábado encontré jóvenes con tacones muy altos y con vestidos de licra apretados. Después de algunas entrevistas y más observación, comparando los días pude ver sutiles diferencias.

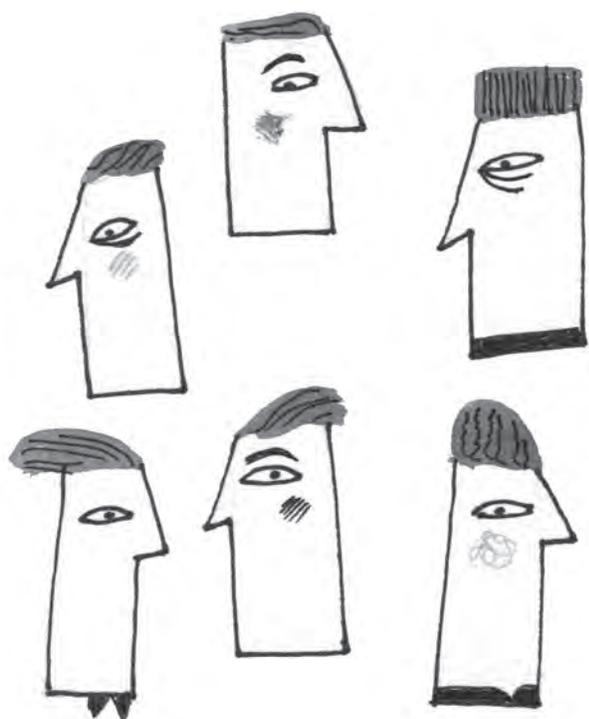
El cuerpo jugaba un rol esencial. Un color claro de piel, de cabello y de ojos era mucho más valorado ya que, según Margulis, “lo blanco se cotiza porque ha sido instalado como criterio de belleza por la maquinaria social que organiza y ratifica los códigos estéticos” (1998b: 23). También una actitud segura y cara de indiferencia eran fundamentales. Como me dijo Sandra: “Hay gente que se desespera porque no la dejan pasar y empiezan con tono de súplica ‘¿oye, por qué no nos dejas entrar? ¡Órale! ¿Qué te pasa?’ Olvídale, ya estuvo que no entraron”. Al parecer, una actitud arrogante era mucho más efectiva.

La forma de vestir era otro punto esencial para lograr el acceso. En el caso de los hombres, Rodrigo (20 años) aseveró:

Tú vas un viernes [a Limbo] y ves una forma de vestir, una moda, ves lo que se está usando ahorita, lo más *in*, por decir. Antes la moda era tu playera de Abercrombie y tu polo. Ahora ya no te la puedes poner para salir en la noche, la puedes usar para la tarde y te ves bien ¿ya me entendiste? [...] ellos [refiriéndose a los otros] piensan que se ve bien una camisa polo, casi, casi cerradita, fajadita, su cinturón, su pantalón y sus zapatos ¿ya me entendiste? O sea, no es que se vea mal pero ya es otra cosa.

El atuendo adecuado, acompañado de seguridad corporal, es resultado de un acceso a la información sobre moda de vanguardia y del poder adquisitivo para consumir los productos más novedosos. En las noches VIP encontré mujeres jóvenes, o “niñas”, como ellas se

¹⁴ Le llaman *perroskis* a una mujer “fácil”, “promiscua”. Los jóvenes también mencionaron que iban a *perrear* o que iban de cacería.



decían, vestidas de muy diversas maneras, algunas con un “simple” pantalón de mezclilla y una blusita, que a los ojos de muchos podrían parecer desarregladas, pero ellas sabían que su atuendo, además de costar mucho dinero, era lo último de lo último de la moda, y no necesitaban ponerse algo provocativo para ser el centro de las miradas, porque eran ellas las que llamaban la atención. Otras lucían sus recientes adquisiciones y ponían en juego su conocimiento sobre la moda, mientras que algunas más, por el contrario, al no contar con el capital cultural necesario, eran blanco de críticas y casi siempre ocupaban los espacios menos visibles de los antros (Bourdieu, 2003; Douglas, 1998; Borràs Catalá, 1998).

Al interior de la discoteca la música llenaba todos los espacios. Hablar o escuchar por encima de la música resultaba imposible, por lo que el lenguaje corporal tomaba un lugar central en la comunicación. Adentro, la actitud corporal cambiaba, la indiferencia mostrada mientras se esperaba a la entrada se convertía en extroversión, parecía que había una competencia por ver quién conocía más gente en las áreas “correctas”. Los hombres caminaban con los hombros hacia atrás, sacando el pecho, con paso firme y levantaban la mano para saludar a sus conocidos (como políticos en campaña). Las mujeres cada vez que se encontraban a alguna conocida la saludaban como si fuera su mejor amiga y no la hubieran visto en años. En el antro, el objetivo era mirar y ser mirado, es por eso que los jóvenes se relacionaban como si estuvieran

en un escenario jugando, durante toda la noche, *dí-galo con mímica* (ropa y accesorios). Sin embargo, saber a quién mirar y a quién saludar era importante:

Hay gente que te saluda sólo en determinados contextos. Entonces el no saludarte se convierte en un acto de segregación y marginación. [...] Las mujeres son lo más chistoso, porque son las que están pendientes de todo. Me ha pasado que después de platicar con alguna amiga que no es de mi grupo, cuando llego a la mesa ellas me dicen: “¿Qué? ¿Estabas perreando?” [...] Olvídate, en mi grupo se les cae el mundo si llegan a saludar a una persona que no está aprobada con el sello [Gabriel, 35 años].

Contrario a lo que yo esperaba, en estas discotecas no había pista de baile, los jóvenes no bailaban, balanceaban su cuerpo sin moverse de su lugar, el balanceo se intensificaba con el transcurrir de la noche y, claro, con la cantidad de alcohol que circulaba por sus venas. Los grandes desplazamientos en el interior de los antros eran con la mirada, había un deambular por las caras de los demás. Para muchos de los entrevistados, “lo bien”, es decir, “lo distinguido”, estaba en el cuerpo. Una niña bien, una niña guapa –mencionó Alfonso (24 años)– “viene siendo cara bonita, cuerpo tranquilo, o sea, saludable, sí, un cuerpo saludable, no tiene que ser una modelo, ya sabes, delgada, tranquilo, bien vestida, normal”. El cuerpo, como señala Bourdieu (2003), es portador de signos, pero también productor de ellos. Es así que “el color y el espesor de la pintura de labios o la configuración de una mímica se leen inmediatamente como indicios de una fisonomía ‘moral’, socialmente caracterizada, es decir, como estados anímico ‘vulgares’ o ‘distinguidos’” (Bourdieu, 2003: 190).

Ellos y ellas se vestían siempre “normal”, lo que hacían era “normal” y sus cánones de belleza eran los “normales”. Su visión de la normalidad coincidía porque compartían *habitus* muy similares. Bourdieu indica que los *habitus*

...son principios generadores de prácticas distintas y distintas [...] pero también son esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división. Establecen diferencias entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es distinguido y lo que es vulgar [2007: 20].

Por eso, a través del cuerpo y sus accesorios, los jóvenes de la élite se distinguían y establecían diferencias.

Al tener *habitus* similares, los estereotipos y prejuicios de estos jóvenes hacia los otros también eran muy

parecidos; las representaciones que hacían del “indio” y del “naco” englobaban a personas sin educación, ni dinero, que podían ser “vulgares” y “promiscuas”, o “violentas y peligrosas”. Como me comentó Nicole (19 años): “en la sociedad de Mérida hay grupos, lo más bajo, lo más bajo son los nacos, son gente que vive mal, que no están educados, gente con la que simplemente no te quieres llevar, nadie va a salir con un naco”.

A quienes los entrevistados llamaban “indios” y “nacos”, los que acudían los otros días, no vip, eran jóvenes de clase media, estudiantes de preparatoria o universitarios que simplemente no pertenecían a los mismos círculos sociales, pero que compartían con ellos muchos espacios como cines, restaurantes, cafés, incluso escuelas y universidades. Para los jóvenes de la élite, los otros eran todos iguales, predecibles y “malos por naturaleza”. Estos prejuicios, asumidos y compartidos socialmente, justificaban actitudes de menosprecio y avalaban una conducta discriminatoria en las noches de discotecas. Coincidió con Michel Wieviorka en que “el paso del prejuicio al acto discriminatorio exige condiciones favorables, en particular morales y políticas, si éstas no están reunidas no se producen o se efectúan de manera indirecta” (2009: 78). En el caso de las discotecas mexicanas, estas condiciones están dadas, son espacios donde la discriminación racial no sólo está permitida sino que es aceptada por los asistentes.¹⁵

Las revistas del jet set: caras, cuerpos y espacios controlados

En Mérida circulaban en 2009 tres revistas que daban cuenta de la vida social de la élite yucateca: *Aló Mérida*, con un formato parecido a la revista española *Hola* (muchas fotografías y poco texto); *Face Control*, antes *Gente Bien*, y *Quinta Avenida*, una revista peninsular en cuyas páginas aparecían eventos sociales de Mérida, Campeche, Cancún y Playa del Carmen.¹⁶ En estos espacios editoriales se publicaba muy poco texto, sus páginas estaban llenas de fotografías con enormes pies de foto donde aparecía el nombre y los apellidos de todas las personas captadas en la imagen. Las fotografías eran tomadas en espacios públicos del

norte de la ciudad como restaurantes, bares y por supuesto discotecas; y en espacios privados celebrando fiestas de cumpleaños, bodas y bautizos.

El trabajo de los fotógrafos empezaba con “las pre”, pues la diversión del fin de semana no iniciaba con la entrada al antro. Antes de arribar a él, los jóvenes se reunían en bares o restaurantes también de moda. Los viernes antes de ir a Limbo muchos acudían a La Terraza, y los sábados antes de Vodka pasaban por El Bistro. Emilio (un fotógrafo de 19 años) me platicó: “La Terraza es como la pre de Limbo, los chavos van allá, comen sus alitas, toman cerveza y luego se van a la disco. Mi trabajo era fotografiarlos primero comiendo y luego en el antro”. La Terraza tenía dos pasillos, y la primera vez que llegó Emilio le dijeron: “de este lado sentamos a la gente a la que queremos que le saques fotos, del otro lado ni te des la vuelta”. De esta manera los dueños de los establecimientos lograban la imagen correcta mediante una “sutil” segregación espacial.

Las políticas de las revistas eran muy claras; los fotógrafos, al igual que los cadeneros, eran aleccionados en el tipo de jóvenes que debían escoger. Emilio trabajó varios meses para una de estas publicaciones, el primer día le explicaron la importancia de retratar a la gente correcta y lo sentaron frente a una computadora a ver los *facebook*s de los jóvenes que querían que fueran captados cada fin de semana:

pues teníamos que buscar a la gente que ellos le llaman “líderes de opinión”. Ese es el concepto que manejan. Se supone que son gente conocida, gente bonita, gente con dinero. La idea era: si tú ves a Juan Cámara tomando una botella de José Cuervo digas “yo quiero ser como Juan Cámara, por eso voy a tomar José Cuervo, para ser como él”. Si tú ves a un naco, “entre comillas, eh”, tomando ese producto vas a decir “no, pues si él toma eso, pues es de nacos, si él va a ese lugar, pues yo no quiero ir ahí porque es un lugar de nacos”.

Sofía, una señora que llevaba tiempo trabajando como editora para una de las revistas, me concedió una entrevista. En nuestra conversación le pregunté si los apellidos eran relevantes para elegir las fotografías y ella me contestó:¹⁷

¹⁵ En nuestro país, varios autores (Barabas, 1979; Castellanos Guerrero, 2001 y 2012; Oehmichen Bazán, 2003; Gall, 2004) han abordado el racismo en la sociedad mexicana. Consúltense la vasta obra de Alicia Castellanos.

¹⁶ Estas revistas sólo se vendían en establecimientos del norte de la ciudad. Era frecuente hallarlas en los clubes sociales de la élite, en consultorios médicos privados y en salones de belleza. La única con página electrónica es *Quinta Avenida* <<http://5taavenidamagazine.com/>>.

¹⁷ En la revisión que hice de estas revistas (enero-diciembre de 2009) nunca encontré una fotografía con personas que tuvieran un apellido de origen maya, siendo que muchos jóvenes de clase media (con apellidos de procedencia maya) frecuentan estos lugares.

La revista es una cosa muy visual, entonces se seleccionan las fotos, no los nombres. El pie de foto es una cosa muy pequeña, claro que todo el mundo checa a ver quién aparece en la foto, pero no es lo importante. Lo importante es la cara, el rostro, la actitud, la ropa, la pose. Yo no me acuerdo de estar viendo una fotografía y que hubiera un apellido que no nos gustara y que dijéramos “no, este apellido no sale”. Lo que no nos gustaba era la facha. Nos fijábamos en el rostro, las prendas, la actitud, incluso de si estaba propia o no, porque de repente incluso una niña guapísima, sin querer, a la hora de sentarse enseña los chones [calzones], entonces pues no vas a poner esa foto, o un escote demasiado provocativo. Es la cosa visual.

Emilio tomaba cada noche alrededor de 120 fotografías, a la mañana siguiente las revisaba con mucho cuidado, armaba álbumes de 30 o 40 imágenes y se los enviaba a su jefe. Al principio cometía algunos errores:

Mi jefe me decía “¿y ésta quién es? ¿Por qué le tomaste una foto”, yo le explicaba que la niña me había pedido que le tomara una foto y pues ni modo que le dijera que no. “Pues se la tomas y luego la borras, para que me entiendan, yo sólo quiero fotos de las niñas que te cogieras, ¿entendiste?” Yo le dije que sí.

Emilio me expuso que por ningún motivo podía aparecer una joven que tuviera un tatuaje, por más bonita que fuera. Las imágenes eran cuidadas, estas revistas retrataban lo que la élite quería mostrar, jóvenes atractivos divirtiéndose sanamente, jamás aparecería alguien borracho, aunque después de las dos de la mañana era el estado generalizado de la mayoría de los asistentes. “Los jueves de barra libre –me dijo Emilio– llego temprano a los antros porque si no puro borracho encuentro, y no te creas que sólo los hombres, creo que las niñas se ponen peor”.

La revista donde trabajaba Sofía sólo cubría eventos privados, sin embargo, el costo de la publicación era pagada por los anunciantes, para los anfitriones de los eventos no había costo. Sofía me explicó: “Los fines de semana hay muchos eventos, pero nosotros sólo cubrimos los mejores”. “¿Cómo sabes cuáles son los mejores?”, le pregunté intrigada: “Bueno, pues cuando es boda depende de dónde se hace, las mejores son en las haciendas, los salones de los hoteles o en el Club Campestre. No importa el número de invitados sino más bien quién sirve el banquete, a dónde se van los novios de luna de miel...”

A Valentina (21 años) y a sus amigas les gustaba ver las revistas, y comentó que *Aló* sólo mandaba fo-

tógrafos a los antros cuando alguien festejaba su cumpleaños o había un evento:

Aló va a los cumpleaños de la gente, a las bodas y yo compro *Aló*. O sea, cuando lo veo [lo] compro ¿ya sabes? Tengo un cajón lleno de revistas. La que sí me da codera comprar es *Quinta Avenida* pero el editor de *Quinta Avenida* es mi amigo, haz de cuenta que cuando es cumpleaños de alguien y va *Quinta Avenida* y le pregunto a Beny “¿cuándo va a salir?” “Va a salir tal fecha” y compro la revista, pero porque sé que salí.

En este tipo de revistas podemos encontrar los valores que un grupo quiere transmitir de sí mismo. Aquellas analizadas en este trabajo proyectaban la imagen de un grupo ideal, siempre bonito, bien vestido, con dinero y sin conflictos, ni supuestas vulgaridades. Se encargaban de mostrar una juventud divirtiéndose de manera sana, lejos del alcohol y de las drogas, cuando cada fin de semana en las discotecas había mujeres vomitando en el baño, y hombres que con dificultad podían mantenerse en pie. Las fotos de estas revistas contrastaban con las publicadas en otros medios de comunicación donde jóvenes pertenecientes a sectores sociales distintos aparecían alcoholizados y haciendo desmanes callejeros.

Esta presentación de los jóvenes de la élite constituye una forma ideológica que se arraiga en la sociedad. Las ideologías, como señala Van Dijk (2000), cumplen una función social al ser autodefiniciones compartidas grupalmente, que permiten que sus miembros coordinen sus prácticas sociales, hacia dentro del grupo y en relación con otros grupos. Por ello, las ideologías incluyen “representaciones de criterios de pertenencia y acceso al grupo, normas y valores, y de los recursos sociales especiales del grupo” (Van Dijk, 2000: 52). La manera en que estas revistas mostraban a los jóvenes de la élite meridana es ejemplo de ello.

Reflexiones finales

La discriminación que se veía en los antros no era violenta, ni considerada negativa por el sector acomodado de la sociedad meridana; constituía una segregación seductora, llena de encanto. La discoteca es en sí un espacio excluyente y, además, como me decían los jóvenes de la élite, “hay de discos a discos”, las que ellos frecuentaban eran las más exclusivas. En el imaginario de los jóvenes que asistían los días VIP, “lo indio”, “lo naco” aparecía recurrentemente como algo que los podía invadir y amenazar. Las discotecas

analizadas en este trabajo eran, como dice Urresti (2005: 157), la utopía del opresor:

en ella todos ríen, todos bailan, beben y se divierten, al tiempo que todos son parecidos, hacen los mismos gestos, se visten con las mismas ropas, practican los mismos deportes y el modelo de cuerpo ideal es similar, atléticos, estilizados, parecen tener un avión que los espera para ir hacia el Caribe [en este caso, un avión que los llevaría a Miami].

Estas discotecas excluían a los “feos”, a los que no estaban *in*, a los que estaban *out*, a los que no vestían a la última moda. Sin embargo, el sujeto que en el discurso de estos jóvenes se describía como “el naco” o como “el indio”, el que intentaba infiltrarse a sus espacios, era producto de una fusión de prejuicios racistas y de clase, distantes de la realidad. Esos *otros* que llegaban a sus espacios no provenían de los sectores marginados de la ciudad. Mérida, con casi un millón de habitantes, era mucho más diversa que el imaginario dicotómico de estos chicos. Su visión sobre lo indígena y el pobre la hacían extensiva a todos aquellos que no pertenecían a sus círculos sociales, a “su mundo”, a su estilo de vida y consumo. La representación que hacían de los jóvenes que no acudían a los antros los mismos días que ellos era una imagen estereotipada donde el *otro* se percibía como peligroso, por lo cual había que mantenerlo alejado.

Las revistas de moda han sido instrumento fundamental en la reproducción de este tipo de estereotipos, ya que en sus páginas se repiten las imágenes de una juventud perfecta. Según estas publicaciones, pareciera que en las discotecas más exclusivas de la ciudad reinara la decencia y las buenas costumbres, una metáfora del orden social deseado por las clases dominantes. En ellas estaba presente lo que debía identificarse como lo distinguido, lo apropiado, lo de buen gusto.

A lo largo de estas páginas he querido mostrar cómo el racismo, existente en los discursos de los jóvenes, imbricado con el clasismo, se hacía evidente todos los fines de semana en las noches de la blanca ciudad de Mérida. Soy consciente de que las discotecas no son el espacio donde el racismo tiene sus consecuencias más dramáticas, pero sí donde el discurso de discriminación racial y de clase no se disfraza.

Bibliografía

BALIBAR, ETIENNE E IMMANUEL WALLERSTEIN
1988 *Raza, nación y clase*, Instituto de Estudios

- Políticos para América Latina y África, Madrid, 358 pp.
- BARABAS, ALICIA
1979 “Colonialismo y racismo en Yucatán”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 97, pp. 105-139.
- BORRÀS CATALÀ, VICENT
1998 *El consumo: un análisis sociológico*, Cedecs Editorial, Barcelona, 273 pp.
- BOURDIEU, PIERRE
2001 *Poder, derecho y clases sociales*, Desclée, Bilbao, 244 pp.
2003 *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, México, 597 pp.
2007 *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona, 193 pp.
- CAPRITI, ALEJANDRO
2011 “La tarea de ser joven en una localidad periférica”, en *Revista Ánfora*, año 18, núm. 30, pp. 53-62.
- CASTELLANOS GUERRERO, ALICIA
2001 “Notas para estudiar el racismo hacia los indios en México”, en *Papeles de Población*, núm. 28, pp. 165-179.
2012 “La construcción del Otro en ciudades mexicanas. Del pensamiento liberal y la exclusión neoliberal”, en Alicia Castellanos Guerrero y Gisela Landázuri Benítez (coords.), *Racismo y otras formas de intolerancia de Norte a Sur en América Latina*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y Xochimilco/Juan Pablos Editor, México, pp. 99-124.
- CHÁVEZ, MARIANA
2005 “Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursiva vigentes en la Argentina contemporánea”, en *La Última Década*, núm. 23, pp. 9-32.
- DOUGLAS, MARY
1998 *Estilos de pensar: ensayos críticos sobre el buen gusto*, Gedisa, Barcelona, 224 pp.
- FUENTES GÓMEZ, JOSÉ
2003 *Espacios, actores, prácticas e imaginarios urbanos en Mérida*, Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), Mérida, 389 pp.
- GALL, OLIVIA
2004 “Identidades, exclusión y racismo: reflexiones teóricas y sobre México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, núm. 2, pp. 221-259.
- GUBER, ROSANA
2014 *Prácticas etnográficas*, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, 224 pp.
- ITURRIAGA ACEVEDO, EUGENIA
2011 “Antropología en los antros: racismo y discriminación juvenil en Mérida”, en Luis Vázquez Pasos (ed.), *Niños y jóvenes en Yucatán. Miradas antropológicas a problemas múltiples*, UADY, Mérida, pp. 215-236.
2013 “Los imaginarios de la élite tradicional meridana sobre su ciudad”, en Luis Vázquez y Eugenia Iturriaga (eds.), *Imaginarios sociales en una sociedad compleja: Yucatán*, UADY, Mérida, pp. 19-40.
- LÓPEZ SANTILLÁN, RICARDO
2011 *Etnicidad y clase media: los profesionistas nativos residentes en Mérida*, Universidad Nacional Autónoma de México, Mérida, 270 pp.
- MARGULIS, MARIO
1998a “La ‘racialización’ de las relaciones de clase en Buenos Aires: genealogía de la discriminación”,

- en Mario Margulis *et al.*, *La segregación negada: cultura y discriminación social*, Biblos, Buenos Aires, pp. 37-62.
- 1998b "La discriminación en la discursividad social", en Mario Margulis *et al.*, *La segregación negada: cultura y discriminación social*, Biblos, Buenos Aires, pp. 17-36.
- OEHMICHEN BAZÁN, CRISTINA
2003 "Relaciones interétnicas en la ciudad de México", en Alicia Castellanos (coord.), *Imágenes del racismo en México*, Plaza y Valdés, México, pp. 315-360.
- QUINTAL AVILÉS, ELLA FANNY
2005 "Way Yano'One: aquí estamos", en Miguel Bartolomé (coord.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, vol. II, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 289-367.
- SILBA, MALVINA
2011 "Te tomas un trago de más y te crees Rambo: prácticas, representaciones y sentido común sobre varones jóvenes", en *Jóvenes en cuestión*, Biblos, Buenos Aires, pp. 229-267.
- TAGUIEFF, PIERRE ANDRÉ
2001 "El racismo", en *Debate Feminista*, año 12, vol. 24, pp. 3-14.
- URRESTI, MARCELO
2005 "La discoteca como sistema de exclusión", en Mario Margulis y Marcelo Urresti (eds.), *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, Biblos, Buenos Aires, pp. 129-170.
- VAN DIJK, TEUN A.
2000 *El discurso como interacción social*, Gedisa, Barcelona, 448 pp.
2003 *Racismo y discurso de las élites*, Gedisa, Barcelona, 330 pp.
- WIEVIORKA, MICHEL
2009 *El racismo: una introducción*, Gedisa, Barcelona, 207 pp.